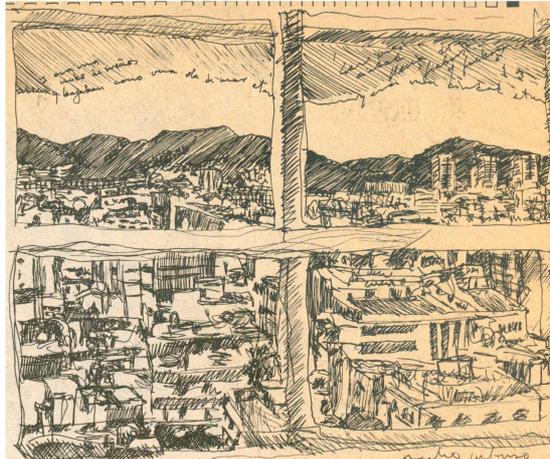


De Frente y de perfil

Myriam Moscona



ENRIQUE GONZALEZ ROJO

“Si se dice que las segundas partes nunca fueron buenas, hablar de las terceras, vivirlas, es todo un desafío”. Nieto e hijo de poetas “el tercer Enrique” ha sido confundido con un miembro de los contemporáneos (su padre) o con un poeta longevo nacido en 1871 (su abuelo).

“Chilango por los cuatro costados”, Enrique nació en lo que hoy es el cine Elektra, lugar donde estaba su casa. “Nací asfixiado. Fue mi primera maldad”.

No vivió en casa con biblioteca sino en biblioteca con casa”. Una noche dormía plácidamente en su cuna cuando un temblor sacudió a la ciudad. Su madre ya había ido a cargarlo cuando varios libros empastados cayeron de los anaqueles hacia la cuna del bebé. “Mi padre creyó que su primogénito había muerto de un enciclopediazó. Fui simbolizado por ese acto”.

El padre de Enrique murió antes de cumplir cuarenta años. Su madre lo dejó al cuidado del abuelo. Don Enrique González Martínez fue su abuelo, su padre, su amigo. "Jugó todos los papeles menos uno: el de regazo".

El apellido materno de Enrique, según se le dijo en la infancia, era Rice. Pero después supo que él era descendiente de un presidente "gringo" llamado Chester Arthur, su verdadero abuelo. Así que Enrique tuvo cuatro apellidos, dos padres y un abuelo norteamericano.

(...) Yo nunca tuve un ángel de la guarda (...)

El padre de Enrique, que lo acompañó sólo diez años, es una figura a la vez lejana y central.

Mi destino es mi padre.
La estación terminal de mi principio (...)
Tengo un padre, ay, de brazos. -
Le aúllo.
Pero no me escucha (...)

A los diecisiete años, Enrique funda, junto con Eduardo Lizalde, el poeticismo, corriente que los unió en sus convicciones y experimentos.

A Lizalde lo conoció en la escuela de música. "Él, estudiando para ser el mejor cantante y yo, para ser el mejor compositor". Al salir de la escuela, en las noches, se iban a los cafés de chinos. Nunca formaron un taller pero estaban juntos todo el tiempo. "El poeticismo no sólo fue una corriente sino una forma de vida".

Su abuelo veía con simpatía "esas locuras". Tenían su gañeñe "especie de lenguaje sinsentido" con el que unían arbitrariamente palabras. "Llegamos a hacer liras y sonetos en

gañeñe. Era una práctica en el letrismo que se convirtió en un modo de vivir”. Hacían fiestas con un invitado, “pero contra el invitado”. La mayoría no regresaba a menos que lo aceptara como un acto iniciático. “A Montes de Oca le hicimos lo mismo pero él si lo aguantó. En una ocasión Eduardo y yo, que éramos ateos furibundos, llevamos a Montes de Oca al Zócalo de la ciudad. El no llevaba dinero. Le dijimos que si no negaba la existencia de Dios se iba a tener que regresar a pie hasta Coyoacán. -Pero, ¿cómo voy a negar la existencia de Diocito? - nos decía. Y efectivamente se regresó a pie”.

Nuestro programa mínimo:
apagar con un diluvio a la ciudad doliente (...)

A sus dieciocho años se publicó en Sonora *Luz y silencio*, libro que recogía poemas desde sus once años. “Esa edición la fui quemando poco a poco y por partes. Con ella encendí el boiler durante algún tiempo”.

Como parte de los impulsos poeticistas, Enrique ingresó al Partido Comunista del que, junto con Lizalde y Revueltas, fue expulsado. “Después de una serie de vicisitudes” formaron La Liga Espartaco. “Todos ejercimos la intolerancia. En 1963 expulsamos a Revueltas y a Lizalde”.

Durante esos años de actividad política escribió mucho pero no publicó. Había aparecido en 1953 su libro *Dimensión imaginaria*, con ilustraciones de su primo Salvador Elizondo. Casi veinte años después apareció, *Para deletrear el infinito*, “libro con el que empieza mi historia. Lo anterior pertenece a mi prehistoria”. En ese libro había tratado “todo: lo individual, lo social, lo histórico, el amor. Me quedé sin temas. Me propuse reescribir, convertir

cada uno de los quince cantos en un libro. De ellos he publicado, ya, trece”.

En el tránsito de ese tiempo y de esa escritura, González Rojo cambió muchas de sus posturas frente a las cosas “y todo eso se refleja en el quehacer poético”.

Enrique González Rojo deletrea el infinito/ y sus amigos le dicen/ ¿en qué trabajas, Enrique? /Enrique González Rojo deletrea el infinito/ y sus amigos le dicen/ ¿en qué trabajas, Enrique? /Enrique González Rojo dele (...)

“Estoy dedicado, pues, a la tremenda tarea de deletrear el infinito. Deletrearlo, sí, porque mi pluma, incapaz tanto de ignorarlo cuando de conocerlo, sólo puede balbucirlo.

¿Qué significa entonces deletrear el infinito? En primer lugar tematizarlo, tenérselas que ver con él, tomarlo por los cuernos, convertirlo en el personaje del drama (...)”. Enrique toma la pluma sin ninguna solemnidad. Escribe en las bancas de los parques, bajo la sombra de una palmera, en el estudio de sus dos casas (la suya y la de su compañera), en la barra de un café o en el intermedio de los cines. “Puedo salirme de una autopista para anotar una ocurrencia, una imagen”.

Apacible “en general”, apasionado de la música, indiferente a la comida, puntual, ordenado en su desorden, sufre de migraña desde que tenía diez años. “Los analgésicos que tomo me producen sueño. Por eso creo que la migraña es una estrategia de mi cuerpo para hacerme descansar”.

Me invade aquí de pronto la migraña/ (mi cerebro instalado en el infierno) /como un recordatorio/ de que el monstruo se encuentra/ detrás del pensamiento (...)

A últimas fechas sedentario, Enrique publicó *El rey va desnudo*, producto de “una vieja inquietud”. El libro, de reciente aparición, ha sido un éxito editorial por el tema que trata: Octavio Paz. “Paz es un poeta y un ensayista importante. A medida en que lo he leído fui pensando que él pide un diálogo. Decidí, aunque a él no le guste, convertirme en su interlocutor. Tengo el proyecto de dedicarme a esto un tiempo más y después dejarlo. Estoy, ahora, terminando la segunda parte de ese trabajo que se publicará con el título de *Cuando el rey se hace cortesano*.”

Con su barba espesa y entrecana, Enrique ha sido lector de los clásicos y los místicos españoles, de la poesía francesa “y de mis compañeros Lizalde, Montes de Oca y González Cossío. Somos, los cuatro, poetas distintos que hemos saldado de maneras muy diversas nuestras cuentas con el poeticismo. Unos, a las patadas. Otros, tranquilos”.

Maestro durante tres décadas, jubilado recientemente, lector y escritor de textos de filosofía y de teoría, coordinador de varios círculos de estudio ha sido “una rata de ciudad”.

Gran conocedor de música clásica, padre de Enrique, Graciela y Guillermo, compañero de Alicia Torres, amante de la filosofía política, Enrique emprende una larga marcha que continúa de la vigilia al sueño.

Prolífico como pocos de nuestros poetas contemporáneos, apoya la punta del lápiz y escribe:

Mi camino es un tiempo por el que ya mi espacio./ Un cauce por el que voy cargando, hombros arriba,/ mi circunstancias/ Mis padres y mis hijos. Las mujeres/ que acunaron las llagas/ que oculto en varios rumbos de mi cuerpo (...)

Las preocupaciones técnicas han sido “un momento” de su desarrollo. “Pienso que la poesía mexicana del siglo XX se ha desarrollado de manera impetuosa y emotiva desde el punto de vista del contenido. Desde el punto de vista formal ha tenido un desarrollo precario y conservador. Muchos han sido revolucionarios en el contenido. En la forma, Díaz Mirón (en cuanto a la métrica) y López Velarde (en cuanto a la rima) son algunas excepciones. Pero poetas como Neruo, Urbina, Othón, González Martínez, Gorostiza, Villaurrutia, Paz o Sábines (por mencionar grandes poetas) no han propuesto ninguna innovación formal importante”.

Dedicado a “deletrear sus obsesiones”, Enrique pone una mano sobre su hijo, otra sobre su abuelo, y en una reflexión de espejos ve el rostro de su padre sobre el propio. Ahí abre su plexo y canta:

Allí viene mi padre conversando con todos mis parientes/ como si alguien sacudiera una rama de mi árbol genealógico.

Enrique se dispone a “practicar el infinito”. Antes de escribir observa el reverso del lápiz:

Gran cosa es tener la capacidad de retractarse.

En el momento de iniciar su día ya gravita en la “atmósfera espectral de la poesía”.

Revista Semanal de La Jornada No. 56.

8 de julio de 1990

